

Pluralidad de la filosofía analítica

Con la reciente desaparición de Quine, Anscombe, Davidson y Strawson, podría decirse que la filosofía analítica ha perdido a cuatro de sus grandes protagonistas. Los cuatro pertenecían a una generación que mantuvo un contacto directo con Wittgenstein, Carnap o Russell. Aún quedan otros autores muy importantes de fama internacional, alguno de los cuales figura en la nómina del presente volumen. La relevancia de cualquier obra intelectual siempre ha tenido que someterse al tribunal de la historia, pero esto es aún más acusado en una época en la que el número de contribuciones relevantes desborda la capacidad de comprensión individual. No digamos nada si incluimos en el mismo paquete las contribuciones no tan destacadas.

Cuando gestamos la idea que ha acabado convirtiéndose en el presente libro, lo que nos movía era un interés por reunir a importantes filósofos analíticos que realizan sus trabajos en ambas orillas del océano Atlántico. Este criterio de demarcación geográfica no persigue excluir a nadie, sino confrontar lo que, a menudo, suele contraponerse de manera totalmente arbitraria. Nos propusimos observar cómo se tejen uniones de una a otra orilla gracias a trabajos actuales de primera línea. El resultado está a la vista. Los trabajos que conforman el presente volumen son el resultado del esfuerzo de doce especialistas. Contamos con cuatro filósofos españoles, dos franceses, un italiano, dos ingleses y tres norteamericanos.

Desde muy temprano se identificó la filosofía analítica con el *análisis filosófico*. Con el tiempo algunos filósofos radicalizaron esta identificación para acercar la filosofía a la ciencia. Estos filósofos acabaron arrogándose el rigor filosófico y despreciaban casi todo lo que no se ajusta a su manera de pensar. Por otro lado, como la filosofía analítica se refiere, por razones más bien históricas, a lo que suele hacerse en el mundo anglosajón en la tradición de Frege, Russell, Wittgenstein y Carnap, son los filósofos que no encuentran acomodo dentro de esta tradición quienes encuentran razones para sentirse agraviados.

Entre estos últimos se encuentran muchos de los detractores de la filosofía analítica y entre ellos son mayoría los que, para sustentar su rechazo, afirman que la filosofía analítica ha dejado de interesarse por los problemas realmente importantes; que se ha convertido en una empresa aburrida y carente de interés, llevada a cabo por profesionales que dedican sus esfuerzos a dar respuesta a problemas cada vez más específicos, problemas que sólo interesan a un pequeño grupo de adeptos y que, en cualquier caso, resultan incomprensibles para el resto de los mortales.

Hay algo de verdad en esta acusación: la filosofía analítica se ocupa de problemas concretos y, lo que es quizás más significativo, su manera de solventar esos problemas hace uso de un lenguaje técnico, complejo, comprensible sólo para aquellos que lo manejen con soltura. Pero sería un error confundir esta complejidad con la ausencia de interés. Lo que para sus detractores constituye su peor característica, es para sus defensores su mayor virtud: contar con un lenguaje propio, específico y riguroso, a partir del cual analizar la realidad que nos rodea y los dilemas de carácter filosófico que ésta plantea. Estamos hablando, por supuesto, del lenguaje lógico.

El desarrollo de la lógica moderna a raíz de los trabajos de Frege y que continúa aún hoy en día constituye sin duda un punto de inflexión en la filosofía moderna, la matriz a partir de la cual surge y sobre la que se sustenta lo que hoy llamamos filosofía analítica. La lógica moderna proporciona a los filósofos la posibilidad de analizar con unos niveles de rigurosidad sorprendentes los problemas clásicos de la filosofía —especialmente las cuestiones que hacen referencia a nuestra concepción de la racionalidad humana; esto es, nuestra concepción del mundo y nuestra relación con él—. En suma, la lógica moderna dota a los filósofos de instrumentos conceptuales con un gran alcance explicativo y un grado de rigor hasta el momento ajeno al ámbito filosófico. Por medio de ella, la filosofía ha llevado a cabo avances inestimables a lo largo del siglo XX, avances que se reflejan quizás de una manera más dramática en

nuestra comprensión del lenguaje, pero que también incluyen importantes innovaciones en nuestra manera de comprender la realidad que nos rodea y, por supuesto, comprendernos a nosotros mismos en tanto sujetos racionales (capaces de conocimiento y lenguaje).

Por otro lado, otros críticos defienden que la filosofía analítica se encuentra en un callejón sin salida, que sus propios métodos conducen inevitablemente al colapso. Es posible. Posible, pero no probable. Es innegable que la filosofía analítica conduce a una especialización tanto en los temas como en la metodología utilizada, pero ésta es una tendencia general, presente en todas las disciplinas del conocimiento y especialmente en aquellas que, como la filosofía analítica, hacen uso de un lenguaje propio, cada vez más complejo (pero también cada vez más poderoso). Además, ni todos los filósofos analíticos son tan radicales, ni todos practican siempre algo que en rigor cabría llamar *análisis*. Sea cual fuere la etimología, «filosofía analítica» es una frase hecha, un todo que no remite exclusivamente al análisis, al analizar, al descomponer o desmenuzar, ni siquiera al ir por partes. En realidad, la filosofía analítica es sólo una filosofía, o una manera de hacer filosofía entre otras, que se caracteriza por los siguientes rasgos: (1) porque sus practicantes procuran llevar la inferencia racional a sus límites más lejanos; (2) porque entre sus intereses figura el de tratar de definir, o al menos aclarar, las palabras empleadas en el discurso filosófico, retrotrayendo en lo posible su comprensión a la de palabras más familiares o más claras; y (3) por los canales de comunicación y por el tipo de interlocutores escogidos, que son otros filósofos que siguen esas pautas.

Pluralidad de la filosofía analítica, pues. Porque los anteriores rasgos suponen comulgar con algunas tesis básicas, aunque también susceptibles de muchas variaciones y matices y hasta formulaciones diversas. En cambio, los criterios de pertenencia a la filosofía analítica son fundamentalmente metodológicos; de ahí la pluralidad de temas, sensibilidades, opiniones, puntos de vista, preferencias bibliográficas, etc.

* * *

En «La filosofía analítica de mi tiempo: algunos comentarios», John Searle da un repaso a ciertas tendencias generales y explica algunos rasgos de la filosofía analítica en el siglo XX. Y lo hace desde su propia experiencia desde que era un

estudiante de filosofía en la universidad de Oxford. El trabajo concluye con algunos comentarios sobre la influencia que tiene la filosofía analítica en otras disciplinas.

El artículo de Ernesto Sosa, «La metafísica y lo manifiesto», es una prueba más del reciente interés por la metafísica por parte de la filosofía analítica. Según Sosa, los problemas metafísicos contemporáneos adoptan la forma de un trilema en los siguientes términos: ilusión, apariencia bien fundada y realidad básica. Algunos de estos problemas serían, por ejemplo: ¿cómo son posibles los valores y las normas en un mundo fáctico?, ¿cómo son posibles las mentes en un mundo de materia en movimiento?, ¿cómo son posibles la libertad de acción y el libre albedrío en un mundo gobernado por leyes científicas? A cada uno de ellos le podemos aplicar el trilema anterior: o bien los valores, la mente y la libertad, son ilusiones, o bien existen, pero existen otros fenómenos y entidades más básicos que ellos, o bien existen con una realidad tan fundamental como la de cualquier partícula o postulado de la física. Cada una de estas opciones representa, respectivamente, al eliminativismo, al absolutismo y al relativismo. Y Sosa no sabría decir cuál de las tres le parece la peor opción. Su propuesta consiste en recuperar la influencia de la epistemología a la hora de plantearse este tipo de problemas.

En «Insatisfacciones metafísicas: modalidad y valor», Stroud aspira a arrojar algo de luz sobre un problema al que se enfrenta la empresa metafísica que se pregunta cómo es el mundo realmente. Al principio de esta empresa contamos con muchas COSAS que, una vez elaborada nuestra concepción metafísica, o bien sobran, o bien han de ser reinterpretadas. Lo que preocupa a Stroud es en qué lugar nos deja una concepción metafísica que suprime o reinterpreta cosas en las que la mayoría creemos.

En «El mundo físico y el mundo. Otros fisicalismos también son posibles», Manuel Liz considera la filosofía como si se tratara de un arte conceptual. Le parece a Liz que el fisicalismo ha inspirado obras de arte conceptual de tipo filosófico y, desde un *cuadro* fisicalista del mundo, el autor intenta dar respuesta a varios problemas persistentes en las discusiones filosóficas actuales. El resultado final es un marco conceptual fisicalista no reduccionista y no fundamentalista, sin propiedades físicas establecidas definitivamente, ajeno a las habituales concepciones estratificadas del conocimiento y de la realidad, capaz de dar un sentido novedoso a la eficacia causal de una propiedad, etc. Se trata de un intento por reconciliar la

imagen científica con la imagen manifiesta del mundo.

En «Realismo y antirrealismo desde el punto de vista epistemológico», Paolo Parrini presenta de una manera clara y precisa las grandes tesis defendidas tanto por los antirrealistas como por los realistas, haciendo especial hincapié en las diferencias de tipo epistémico entre ambas posturas. Concluye el autor que es posible desarrollar una vía alternativa «positiva» en la cual quede establecida la distinción entre un realismo de corte metafísico y un realismo empírico. Esta última opción pasa por el desarrollo de una noción de objetividad y de verdad no metafísicas y es capaz de combinar muchos de los elementos característicos tanto del realismo como del antirrealismo.

Timothy Williamson, en su artículo «¿Hemos superado el giro lingüístico?», hace uso del debate en torno al problema de la vaguedad para ilustrar dos maneras de enfrentar los problemas filosóficos surgidas a raíz del giro lingüístico. Por un lado, en consonancia clara con el giro lingüístico, es posible afirmar que el objetivo de la filosofía es el análisis del pensamiento y del lenguaje. Por otro lado, es posible, y deseable según el autor, defender la pertinencia de las cuestiones filosóficas más allá de las cuestiones acerca del pensamiento o del lenguaje. Pero afirmar esto último, matiza Williamson, no implica que sea preferible o posible intentar solucionar los dilemas filosóficos ignorando la filosofía del lenguaje o la semántica formal. De hecho, Williamson defiende, por medio del ejemplo de la vaguedad, la validez y la importancia de los métodos puramente «analíticos» a la hora de solucionar problemas de índole filosófica.

«Los laberintos de la filosofía de la mente: un mapa de la situación» es el trabajo de Antoni Gomila. En él queda clara la recuperación de la filosofía de la mente a partir del funcionalismo, pero en especial, y de manera más general, del mentalismo cognitivista. Lo que se propone el autor es ofrecer una visión general del «giro cognitivo» y de los cambios que ha propiciado en la manera de hacer filosofía en su conjunto.

Tim Crane, en «El problema de la percepción en la filosofía analítica», se ocupa del problema planteado por la naturaleza de la percepción. Crane distingue el problema de la percepción de otros de índole empírica (los estudios empíricos sobre la visión y el resto de los sentidos) o epistemológica (la justificación de nuestras creencias empíricas por parte de la percepción). No porque éstos no sean relevantes, sino porque no agotan todas las cuestiones filosóficamente relevantes sobre la percepción, como por ejemplo las cuestiones que surgen a partir de los errores per-

ceptivos (¿cómo se construye la relación entre apariencia y realidad?), la diferencia entre percibir una cosa y pensar en esa cosa, etc. Estos y otros problemas de la percepción son presentados y discutidos a lo largo del trabajo.

En su artículo «La creencia y el Materialismo Eliminator», Juan José Acero defiende que nuestra imagen como seres humanos no sería la misma si no fuéramos titulares de creencias. Es contrario, por tanto, a la concepción eliminativista, según la cual nuestras creencias, así como los estados mentales en general, son postulados de una teoría manifiestamente errónea de la naturaleza humana. Acero examina las razones que tiene un materialista eliminativista para rechazar la titularidad de creencias a favor de los avances de la neurociencia. Ninguna de estas razones le parece definitiva al autor.

Pascal Engel, en «La verdad y el objetivo de la creencia», toma como punto de partida, la conocida afirmación según la cual «la creencia apunta a la verdad», es decir, el debate en torno a si la verdad es el objetivo último (o acaso único) de nuestras creencias. Para ello, el autor analiza tres posibles interpretaciones de la afirmación de que la creencia está orientada hacia la verdad: la causal, la normativa y la intencional, y concluye que es la interpretación normativa la que ofrece una concepción adecuada de la creencia. Engel favorece una lectura de esta norma que rige a la creencia en términos de conocimiento y no ya de verdad. Así, argumenta Engel, el carácter normativo de la verdad no implica que ésta sea el único valor pertinente para las creencias; lo único que establece es que la norma de la verdad es consustancial al hecho mismo de ser creencia.

Pierre Jacob, en su artículo «Significado, normatividad y comunidad», ofrece un lúcido análisis del carácter normativo del significado y, concretamente, de la línea argumentativa que deriva el carácter intrínsecamente social del significado de su naturaleza normativa. Para ello, una vez rechazada la posibilidad de defender una postura internalista en semántica, Jacob señala varias objeciones tanto a la posibilidad de adoptar una postura externalista como a la posibilidad de defender una postura deflacionista en relación al significado (esto es, negar el carácter intrínseco de la normatividad del significado). La única vía posible, según este autor, es admitir el carácter normativo de las propiedades semánticas, pero también es decantarse por la opción reduccionista y negar, por tanto, que la normatividad de las propiedades semánticas sea irreductiblemente semántica.

Lorenzo Peña opina que la filosofía analítica, en contra de sus cánones de rigor y de claridad, se ha acercado peligrosamente al nihilismo propio del posmoder-

nismo no analítico, expresado, entre otras cosas, por la renuncia al conocimiento racional, el rechazo de las ideas sustanciales sobre el bien, la verdad y el ser, el abandono de temas filosóficos tradicionales, etc. En su trabajo «El cumulativismo», se propone superar las dificultades que han dado lugar a este declive favoreciendo el reencuentro de la filosofía analítica con sus raíces lógicas y la adopción de un enfoque gradualista.

* * *

Los editores quieren agradecer a todos los autores su infinita paciencia con el largo proceso de elaboración de este libro. A Lorenzo Peña, su ayuda con el título del volumen. A Manuel Liz, su asesoramiento en la traducción de algunos términos, y a María Ponte, su ayuda con la presentación y su gran trabajo en la revisión de las traducciones.

Por último, David Pérez Chico tradujo los trabajos de Barry Stroud, Ernest Sosa, Tim Crane y John Searle. Moisés Barroso Ramos tradujo los trabajos de Pierre Jacob, Pascal Engel y Paolo Parrini. Gabriel Rodríguez Espinosa y María Ponte Azcárate tradujeron el artículo de Timothy Williamson.

MARÍA PONTE AZCÁRATE, DAVID PÉREZ CHICO
Y MOISÉS BARROSO RAMOS